

tre esas dos razas mahometanas fundada sobre un cisma existente en su fe común, y fomentada de continuo por ambiciones rivales y por prevenciones populares, forma parte de la historia de los turcos tanto como de la de los persas. Esa enemistad tan fatal á la raza de los otomanos como á la raza persa y árabe, fué lo único que salvó al Occidente de la invasion universal del islamismo. Diríase que el islamismo dividido al nacer por el cisma de los sectarios de Omar y de los sectarios de Alí, llevaba el germen de su debilidad en sus disensiones.

LIBRO DÉCIMO CUARTO

Los persas son un pueblo primitivo nacido de sí mismo en la cuna tenebrosa de las edades anti-históricas. A su primera aparición en la fábula ó en la historia, se presentan ya con ese carácter de alta civilización, de madurez y casi de decadencia política, moral y literaria que indica la estremada vejez de las naciones. Se les podría llamar los griegos y los italianos del Oriente. Todo data de ellos, y ellos no datan de nadie. La naturaleza, tanto como la civilización, les ha do-

tado de una incontestable superioridad de inteligencia y de sociabilidad sobre las razas que les disputan la alta y la baja Asia; tan heróicos como los tártaros, tan filósofos como los indios, tan religiosos como los árabes, tan industriosos como los chinos, tan conquistadores como los turcos, tienen de más que cada una de esas naciones con quienes confinan, esa flexibilidad de inteligencia, esa elegancia de costumbres, de trabajo, de industria, de política, de artes, de letras, de poesía, de filosofía y de religión que hacen de la Persia uno de los focos más luminosos del entendimiento humano. Puede decirse también que tienen los vicios de su superioridad, como el desden por las razas que no deben tantas dotes como ellos á la naturaleza, la inestabilidad de sus instituciones, la facilidad en cambiar, la prontitud para sublevarse, la inconstancia de los juramentos, la finura de su diplomacia que llega hasta la astucia, la hipocresía que les hace tomar ó dejar todos los papeles, según sus intereses y no según sus convicciones, la sumisión en la tiranía, la insolencia en la libertad, el valor improvisado, el desaliento por cansancio, la adulación, ese abuso de la cortesía, la fé poco segura, ese desfallecimiento de carácter tan esencial para el hombre honrado, la verdad; en una palabra, todo lo que constituye á la vez en las costumbres de un pueblo

la nobleza de la naturaleza y la decadencia de la corrupción.

Tal era y es en el día el genio del pueblo persa.

II

Los persas ocupan desde los tiempos primitivos el vasto espacio cercado casi por todas partes y cubierto de montañas entre el río Oxo que los separa de la Tartaria y de la China, el golfo pérsico que los separa de las Indias, el mar Caspio que los separa de los escitas ó moscovitas, el mar Negro que los separa de los rusos y el gran desierto de Bagdad que los separa de la Arabia y de la Turquía. Su territorio es ligero pero fértil, su cielo puro y su clima sano. Su raza es hermosa, alta, vigorosa, diestra para domar al caballo, y consumada en el manejo de las armas. Los parthos les han dejado sus tradiciones ecuestres, el arco y la flecha que disparan huyendo.

Según los lugares y las tribus, participan de todos los modos de vivir de los pueblos de Oriente; errantes aquí, más allá sedentarios, pasean sus tiendas detrás de sus ganados de pradera en pradera, por las

provincias vecinas de la Armenia; labradores en las llanuras de Schiras, de Tauriz y de Ispáhan, artesanos en las grandes poblaciones, cortesanos en su capital, guerreros en sus campos, traficantes en sus bazares, voluptuosos en sus harenes, poetas y filósofos en la holganza, extremados en todo, en lo bueno como en lo malo, la imaginacion es su atributo dominante. Su imaginacion ilumina la virtud, la gloria, la passion, el amor, la ambicion y el crimen con tan vivos colores, que les presta á la vez el omnipotente delirio del entusiasmo y la movilidad de la inconstancia: pueblo que todo lo alcanzaria si pudiera desear una sola cosa durante mucho tiempo.

III

Su historia presenta el mismo carácter que su genio; se parece á las fábulas árabes contadas por los poetas bajo las tiendas; está mas llena de vicisitudes y de peripecias de la fortuna que cualquiera otra historia de las demás naciones. Todo en ella es extraño, maravilloso, rápido, fugitivo como las sombras á la falda de sus montañas. Sus capitales se elevan y desaparecen

en el desierto como apariciones fantásticas, sus dinastías se establecen, se hunden, se reemplazan, se suceden con la inestabilidad de las olas. Los persas conquistan y son conquistados siete veces en dos siglos; el ojo apenas puede seguir el torrente tumultuoso de su destino. Los acontecimientos de que esa historia se compone parecen mas bien los elementos de un poema ó una novela que el curso lento y regular de las cosas humanas; al pasar por los ojos del historiador le dejan poseido de un vértigo.

IV

Gustasp, que piensan podia ser Dario 1º, uno de los grandes conquistadores de sus anales, desterrado por su padre, rey de una provincia de Persia, se refugió, segun una antigua leyenda, bajo el traje de un simple guerrero y con un nombre desconocido, en la corte del emperador del Oeste ó de Constantinopla. El emperador cuando mandó á su hija Katyun que eligiera un esposo á su gusto, hizo pasar bajo los balcones del palacio á los jóvenes nobles del imperio. Gustasp llama la atencion de Katyun por la belleza

marcial de este príncipe persa, y el emperador irri-
tado con la preferencia mostrada hácia un extranje-
ro oscuro, para castigar á su hija da su mano á Gus-
tasp y la abandona á la oscuridad y á la indigencia
de aquel enlace. Gustasp se lleva á su mujer á Persia,
logra que le reconozcan sus partidarios, y levanta un
ejército para reconquistar su derecho á la herencia
paterna contra sus hermanos, mas en el momento de
combatir, sus hermanos, por respeto á su derecho de
primogenitura, le rinden las armas y le coronan en
el campamento. Su padre abdica en su favor y se re-
tira á la soledad para santificarse en ella. Gustasp, rei-
na, combate, conquista toda la Persia bajo un solo
cetro, y convida al emperador del Oeste á que pase
á visitar su imperio. El emperador reconoce en Gus-
tasp al extranjero que despreció, y á su hija en la reina
de doce reinos. Este soberano fué quien adoptó y
quien hizo adoptar á sus súbditos el culto del fuego ó
la religion de Zoroastro.

V

Hasta entónces la religion parece derivada, entre
idólatra y simbólica, de las misteriosas religiones de

la India, fuente infinita de las primeras creencias
humanas de la que corrió primitivamente la adora-
cion mas pura para los sabios, y de donde corrieron
despues los símbolos divinizados por el vulgo, en ido-
latría para el pueblo.

« La religion primitiva de la Persia, dice uno
« de sus historiadores mas versados en su antigüe-
« dad, era la creencia en un ser supremo que creó
« los mundos por su poder y que los gobierna por su
« providencia; un temor respetuoso de ese Dios mez-
« clado de amor y de adoracion; un respeto piadoso
« por los padres y los ancianos; una caridad frater-
« nal por el género humano, y una compasion tier-
« na por los animales, parte animada, doliente y de
« un parentesco con el hombre en la creacion; hasta
« reconocian una vida y una inteligencia en los ve-
« jetales, respetables en un grado inferior.» Es el
fondo divino de las doctrinas de la India despojadas
de sus refinamientos metafísicos ó de sus superfeta-
ciones populares.

Pero esas doctrinas alteradas en la Persia, lo mis-
mo que en las Indias por las supersticiones y las cre-
dulidades populares se habian convertido en idola-
trías. Zoroastro, especie de Mahoma persa, nacido
bajo el reinado de Gustasp, intentó reformar esa reli-
gion corrompida, no despojándola de todo símbolo,

cosa muy árdua para la naturaleza de aquel pueblo, sino concentrándola en la adoracion del Criador único bajo el culto de los elementos creados y gobernados por él. A la sombra de estos elementos, y sobre ellos, Zoroastro adoraba y hacía adorar á su divino autor. Entre estos elementos eligió aquel cuyo brillo, poder, movimiento, llama y multiplicidad esparcidos en el firmamento bajo la apariencia de los astros del día y de la noche, debia parecer á los ojos de los hombres mas lleno de divinidad, el fuego; por esto instituyó el culto del fuego como símbolo y no como Dios. Pero puede decirse que Zoroastro con esta concesion á los hábitos de los persas, no atreviéndose á elevarlos de repente á la adoracion de Dios, no hizo mas que cambiar la idolatría de sus sectarios, pues á pesar de la trascendencia de su religion, los pueblos tomaron el símbolo por el Dios y se alejaron mas y mas de la pura adoracion de sus abuelos. Así probó Zoroastro una vez mas que no se debe unir la verdad con el error para comunicársela á los hombres, porque los hombres de poca fe é inteligencia toman el error que les conceden, y dejan la verdad que les imponen.

Zoroastro, hijo de un persa noble, llamado Porochasp, ilustre ya por su sabiduría, se alimentó, dicen las tradiciones de la Persia, con la leche de una

vaca que no comia mas que hojas de un árbol llamado el árbol de la inteligencia del bien y del mal, y de este modo no se destruyó ninguna vida, ni aun del reino vegetal, para darle la existencia. Al nacer se sonrió como un heraldo que venia á traer un mensaje de ventura al universo, y su cuerpo esparcia tanta luz que se alumbró todo el cuarto en que su madre le dió al mundo. Plinio cuenta á los romanos esta tradicion del nacimiento y de la pureza del profeta persa.

Jóven aun se retiró á las montañas de Alburz para meditar allí su doctrina; la gruta que habitaba tenia esculpidas en sus paredes figuras místicas de los elementos, de las estaciones y de los astros; de allí salió con el fuego celestial en la mano.

« Dios, anunció á los persas, *no es otra cosa que el infinito de la inteligencia, del poder, de la belleza, del tiempo, del movimiento y del espacio.* Es el principio del bien, y ha permitido la coexistencia momentánea de otro principio, el principio del mal, llamado Ahrimane para poner á prueba á la naturaleza y á los hombres; pero acabadas las pruebas destruirá el principio del mal, y lo absorberá todo en su infinito de perfeccion. »

La noche era el símbolo del mal, y la luz era el símbolo de Dios. Los preceptos religiosos del profeta,

mezclados son preceptos morales y políticos, son órdenes, dice Zoroastro, que el espíritu de Dios le comunica bajo la forma lírica del apóstrofe, de la interrogación, de la parábola.

« No dejes que se apague el fuego, dice el ángel.
 « El fuego es de Dios; ¿y hay algo mas hermoso que
 « este elemento? Solo pide maderas y perfumes.
 « Te confío; ¡ó Zoroastro! la tierra para que la culti-
 « ves, á fin de que el trabajo la haga fecunda. Te
 « confío el agua que corre, el agua que duerme, el
 « agua de los rios, el agua de las nieves que baja de
 « muy lejos por las montañas, el agua de las fuentes;
 « enseña á los hombres que el agua vivifica todas las
 « cosas, que todo lo hace verde y fructífero: respé-
 « tala.

« Prohibe á los hombres, ¡ó Zoroastro! que des-
 « truyan ó arranquen antes de tiempo las plantas ó
 « los frutos de la tierra, pues han sido creados para
 « el alimento y la satisfacción de las necesidades de
 « los hombres y de los animales. »

Zoroastro dejó un libro, el *Zend-Avesta*, Coran de sus sectarios, é instituyó sacerdotes para leerle y comentarle delante del pueblo, mientras vigilaran para que no se apagara nunca el fuego sagrado. Esta puerilidad llegó á ser el fondo de su culto: verdad y moral viciadas por una mentira acordada al pueblo.

Gustasp la adoptó mandando que la adoptara la nación, y subsistió hasta que la religión de Mahoma se introdujo en la Persia.

Las dinastías que sucedieron á la de Gustasp conquistaron y perdieron alternativamente la Tartaria, las Indias, la China, la Arabia y la Siria. Sus monumentos destruidos por Alejandro atestiguan con las ruinas gigantescas de Persépolis, construida por Djemschid, un poderío, unas artes y unas riquezas que no pueden medirse sin asombro por la escala de las civilizaciones de Occidente.

En el cuarto siglo despues de Mahoma, los kalifas de Bagdad reinaban sobre una parte de la Persia, que se habia dividido en varios principados anárquicos despues de la conquista de los Arabes. Un sultan musulman del Khorasan, Mahmud, los reunió bajo su poderío despues de haber subyugado las Indias y de haberse llevado sus despojos á su capital Ghazna. Mahmud prosiguió la obra de la extincion de la idolatria.

Su justicia era tan inflexible como su piedad. Habiéndose quejado á él un pobre persa de la insolente opresion de un jóven noble que violaba á menudo su domicilio y que le arrojaba de su casa para pasar la noche con su mujer, Mahmud dijo al marido ultrajado que le previniera la primera vez que el jóven

atrevido se encerrara en su morada, y en efecto, cuando esto sucedió Mahmud se fué á la casa, ordenó que apagarán la luz que ardía en el cuarto y agarrando al amante que trataba de huir, le cortó la cabeza con su yatagan de un solo golpe.

« Ahora traed la luz » dijo con voz conmovida.

A la claridad de las antorchas, contempló el cadáver desconocido, cayó de rodillas y dió gracias el cielo porque había cumplido con su deber de rey; despues pidió una jarra de agua al marido, se la bebió de un trago sin tomar aliento.

— « Os estraña mi sed, dijo al desgraciado vendido por su mano; sabed pues que desde el dia en que me dísteis parte del ultraje que sufriais, no he comido, bebido ni dormido, pues sospechaba que solo mi hijo podia confiar bastante en la impunidad para atreverse á cometer un crimen tan grande abiertamente. Resuelto á hacer justicia á mis súbditos aun contra mi propia sangre, mandé apagar la luz á fin de que la flaqueza de un padre no sirviera de impedimento para que cumpliese con su deber un soberano; las oraciones que me habeis visto pronunciar despues del golpe eran en accion de gracias á Dios porque me habia libertado del horror de haber inmolado á uno de mis hijos, y entonces he bebido por la primera vez con la avi-

« dez de un hombre que no apagó su sed en tantos dias. »

Su dinastía pereció á los golpes de los Seldjukides.

VI

Los turcos de la tribu de Seldjuk fundaron á su vez, como hemos visto, cuatrocientos años despues de Mahoma, una dinastía que fué derrocada por los mongoles tártaros de la tribu de Gengiskhan. Los soberanos de esas razas diversas dividieron de nuevo la Persia en muchos reinos, y el principal de todos ellos cayó bajo el poder de uno de los cuarenta esclavos turcos que su amo habia llevado para venderlos á Massud, uno de aquellos reyes. El esclavo se llamaba Ildighiz. El visir de Massud habia comprado treinta y nueve y dejaba el último al mercader porque era pequeñuelo y muy niño, cuando este dijo al visir :

« Habeis comprado treinta y nueve por el amor del sultan vuestro amo; compradme á mí por el amor de Dios. »

El visir le compró y le colocó entre los últimos

criados de las cocinas del palacio; sucesivamente se elevó de este humilde servicio á otros superiores gracias á su inteligencia y á su celo, hasta que llegó á la dignidad de visir, de donde el amor del pueblo le hizo subir al trono.

Como ya hemos dicho, Timur dejó la Persia á su hijo Schah-Rokh, el mas cuerdo y político de sus hijos. Schah-Rokh gobernó la Persia hasta que llegó á setenta y un años. Su hijo Olug-Beg, cuyos trabajos astronómicos se han puesto en claro ultimamente, es el último representante de la escuela científica de los árabes; este príncipe virtuoso, pero poco entendido en las armas, perdió el reino y la vida bajo el parricidio de su hijo. Seis meses de un reinado borrascoso fueron el único premio de este crimen; el culpable sucumbió á la indignacion de su propio ejército. Los biznietos de Timur se sucedieron rápidamente sobre el trono; los turcomanos de la tribu del Carnero blanco, rechazados antiguamente por Timur hasta Van, en las gargantas de la Armenia, sobre las raices del monte Ararat, habian vuelto á bajar á las llanuras desde que los turcos habian agotado la inundacion de los tártaros de Timur. Su jefe llamado Uzun-Hassan habia establecido su capital en Diarbekir.

Uzun-Hassan, aprovechándose de las disensiones

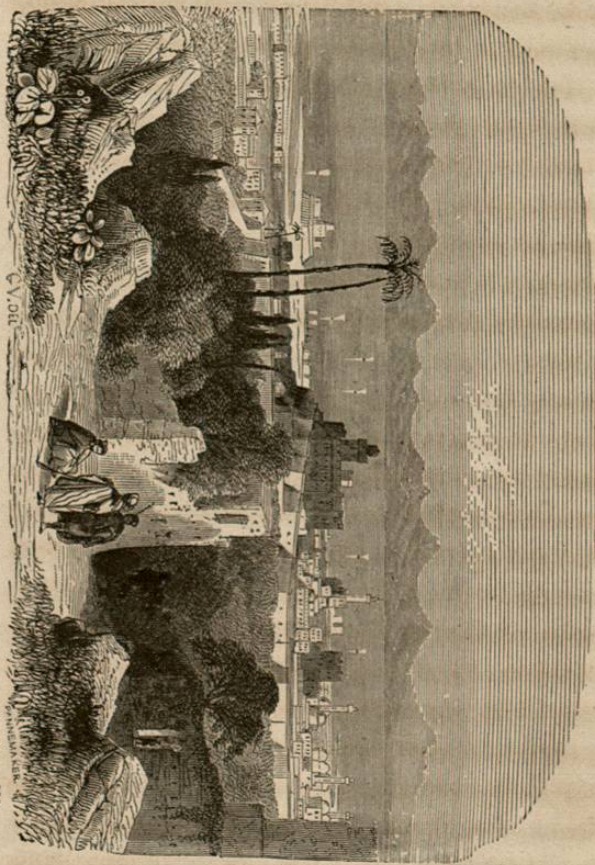
de la Persia, y acometiendo alternativamente á los ejércitos de sus diversos príncipes con sus bandas de turcomanos, indisciplinadas, pero intrépidas, habia concluido por aniquilarlas entre sí, y despues de haber despedazado de ese modo provincia por provincia, toda la herencia de los hijos de Timur, Uzun-Hassan acabó por subir al trono de la Persia restaurado por su mano. Los árabes, los mongoles, los turcomanos y los persas, cansados de anarquía y pacificados por su tiranía le concedieron unánimemente el poder supremo.

Uzun-Hassan era un príncipe experimentado por la edad, por sus luchas contra el destino adverso y por la política; de un espíritu tan emprendedor, como su corazon era ambicioso, queria justificar esta ambicion por la gloria y queria hacerse perdonar la conquista por el lustre que habia de dar al nombre de los persas. Los europeos que llamaba como Mahomet II á la corte de Ispahan, le llevaban allí el comercio, las artes, la disciplina y la artillería de la Europa. Pintábanle como un anciano fuerte y hermoso aun á setenta años, alto, delgado, de aire majestuoso, gracioso de cara, elocuente, incansable para andar á caballo; diestro en la flecha y en el sable, adorado de sus ejércitos, insaciable en su actividad, miraba con una admiracion celosa la

caida de Constantinopla y la conquista de la Europa y del Asia por Mahomet II, hijo de los mismos tártaros pero mas viejo y dichoso que él en el imperio.

Tal era la Persia en el momento en que Mahomet II agregó toda la Caramania al imperio y arancó á los turcomanos de la raza de los Caraman-Oghli, Tokat y todas sus capitales, escitando así los celos de Uzun-Hassan. Un pretexto tenia para mezclarse en los asuntos del Asia-Menor. Los dos hijos de Ibrahim-Caraman, Ishak-Beg y Pir-Ahmed se habian refugiado en su corte y no cesaban de provocarle en interés de su seguridad y de su gloria, para que restableciera el poderío de su casa. Su ambicion de supremacia no necesitaba otra provocacion que su envidia contra el vencedor de Constantinopla; se coligó con los venecianos y los caballeros de Rodas, enemigos natos de los otomanos, y sus flotas combinadas atacaron la Caramania por las orillas del mar de Chipre, mientras que los persas avanzaban por los valles de la baja Armenia hácia Erzerum.

El jóven Mustafá, entre tanto que llegaba su padre, recibió los primeros choques del ejército de Uzun-Hassan, con una inferioridad de fuerzas, pero con una superioridad de valor, que neutralizó algun tiempo la ventaja numérica. Mahomet II dejó en Constantinopla á su hijo Djem, llamado *Zizim* por



ISLA DE RODAS.

T. III. p. 392.

las crónicas italianas, y pasó al Asia con el ejército de Europa y con Bajazet su hijo primogénito, á quien queria ejercitar en las armas, porque le criaba para el trono. El carácter inquieto, celoso y licencioso de Bajazet tenia necesidad de la dura disciplina de los campos á la vista de su padre.

Pero ya la ciudad de Tokat, baluarte de la Caramania, habia sido tomada por asalto por Omar-Beg visir del schah de los persas, y por el jóven Yusuf-Dje-Mirza, sobrino de Uzun-Hassan. Los persas se mostraron allí mas feroces que los soldados de Timur. La presencia de los dos príncipes espulsados de Caramania y las venganzas que ejercian contra sus antiguos súbditos reconquistados, daban á esta guerra el doble carácter de guerra de conquista y de guerra civil. Keduk-Ahmed-bajá, que de simple genízaro se habia elevado por su valor á la categoría de príncipe y de general de Mahomet, sostenia solo delante de Koniah el peso del ejército de Uzun-Hassan. Una batalla podia entregar á los persas el corazon del Asia-Menor. Mahomet impaciente con la lentitud de sus preparativos y la marcha de su propio ejército, escribió repetidas cartas á su hijo Mustafá para animar su ardor y sostener su constancia. Estas cartas en su estilo pomposo y salvaje á la vez, manifiestan el odio del sultan contra el schah de Persia.

« Hijo afortunado y valiente : tú, reflejo luminoso
 « de mi gloria, decia una de esas cartas, has de sa-
 « ber que Usun Hassan que merece la cuerda y la
 « horca, nos ha dirigido mensajes injuriosos y ame-
 « nazas. Hemos desdeñado responder á ese loco de
 « otro modo que con nuestro desprecio; hemos
 « guardado un silencio terrible propio para cambiar
 « á ese zorro en liebre, y hoy avanzamos para com-
 « batirle con nuestros leones de batalla. Hiere á sus
 « emires mientras llegamos; te nombramos jefe su-
 « premo de nuestros ejércitos delante de los su-
 « yos. »

En breve siguió á esta carta un cuerpo de van-
 guardia mandado por Daud-bajá; pero este refuer-
 zo, insuficiente para rechazar á los persas, que envió
 á Mustafá el gran visir Mahmud, se convirtió muy
 luego en una de las causas de su muerte. Ese mi-
 nistro paralizó la marcha del sultan, temiendo com-
 prometer al jefe del imperio en una lucha dema-
 siado desigual contra Uzun-Hassan, y aconsejó que
 dejara dar y recibir los primeros golpes por su hijo
 y sus capitanes, mientras él preparaba á su soberano
 un ejército de reserva mas numeroso para la próxi-
 ma campaña. Durante estas incertidumbres de su
 padre y del visir, Mustafá atacado por los persas en
 las márgenes del lago Koraili, en el país de Hamid,

combatió con tanta constancia y fortuna contra el
 sobrino de Uzun-Hassan, que destrozó el ejército per-
 sa y obligó al Mirza Yusuff á tomar la fuga con sus
 restos hasta el campo de su tío detrás de Erzerum.

« El mas humilde de vuestros esclavos, escribia
 « Mustafá á su padre, se prosterna en el polvo de
 « vuestro trono.

« Mientras que nos escribais vuestras órdenes, el
 « sobrino de Uzun-Hassan, vil escorpion, así como
 « los hijos de los Caraman-Oghli, Kasim, y Pir-Ah-
 « med, avanzaban rápidamente pasando al lado de
 « Cesarea de Capadocia, y tu esclavo pasó revista á
 « tus soldados delante de Koniah, y marchó á ellos.
 « (Martes 18 de agosto de 1472). Los dos ejércitos se
 « formaron en batalla; se combatió desde que el sol
 « salió hasta que se puso, pero á la caída de la tarde
 « la fortuna abandonó á nuestros enemigos. Los jefes
 « persas y turcomanos han sido hechos prisioneros,
 « los begs mas famosos han mordido el polvo, y sus
 « cadáveres decapitados han sido la presa de los bui-
 « tres en este mundo, y el objeto del desprecio en
 « el otro. ¡Alabado sea el Dios del universo! No se
 « levantarán de esta caída. Es de esperar que el
 « mismo Uzun-Hassan caerá sobre la tierra que ha
 » querido devorar, que se quedará sin mortaja y sin
 « sepulcro, y servirá de alimento á las hormigas.

« ¡Así sea! Un esclavo de tu Alteza, el primer ugiér
 « de vianda, Mahmud, sale para anunciarte esta no-
 « ticia, y otro esclavo, el primer caballerizo de tus
 « cuadras, Keyvan, te lleva las cabezas; ambos be-
 « sarán el polvo favorecido que levanten los piés del
 « caballo que montes. Tu esclavo : MUSTAFA. »

VII

Aquella victoria, demasiado completa quizás para un subordinado, excitó á la vez el orgullo y los celos de Mahomet II, que se detuvo algunos días en Scutari, donde habia plantado ya sus tiendas en medio de las tropas reunidas de todos los puntos del imperio por su visir, el diestro y fiel Mahmud, y desde allí dirigió una carta imperiosa á Uzun-Hassan:

« El que hinchado de vanidad, le decia, no cono-
 « ce ya freno y se prevalece de los favores de la fortu-
 « na para cometer la injusticia, puede contar que se
 « halla al borde del abismo donde va á hundirse su
 « poder; su cabeza solo está llena de quimeras ins-
 « piradas por Satanás; ahuyéntalas y presta el oído

« á la razon, esa gran mediadora entre los hombres.
 « Nuestro imperio es el centro del islamismo; la san-
 « gre de los infieles es el aceite que ha alimentado en
 « todo tiempo la lámpara que le alumbra; si tú
 « vuelves contra nosotros, eres un enemigo de la
 « fe; yo he ensillado mi caballo y me he ceñido el
 « sable para exterminar á los infieles, Dios me eli-
 « gió para instrumento de su venganza. Mi brazo
 « bastará para borrar tu nombre de la superficie de
 « la tierra. No te digo mas. Bienaventurado el que
 « solo busca el bien. »

VIII

Mahomet II, marchando con ciento veinte mil hombres, despues de haber arrojado este desafio á Hassan, encontró á su hijo Mustafá en *Begbazari*. Mustafá se prosternó con tanta mas humildad cuanto mayor era la gloria que tenia que hacer olvidar. Besó la mano á su padre. Su hermano Bajazet, que gobernaba en Amasia, se unió á ellos en aquel alto, con cuarenta mil azabs de su gobierno, que corrieron á fortificar el ejército del sultan. Los tres prin-